EL DIA DE REYES.

SEGUNDA PARTE.

Los tres Reyes del Oriente Caminan con agua y frio, Hasta llegar al portal A yer al recien nacido.

Los Reyes Magos caminan Guiados por una estrella, Hasta llegar al portal Donde hallaron la más bella.

Seis años habian pasado; y seis años en un niño traen extraordinarias mudanzas. El pobre expósito, que tan feliz amparo halló en casa de Beatriz, se habia hecho un hermoso muchacho, que á la sazon contaba ocho años. Era tan bonito, y habia sido tan bien criado por su madre adoptiva, que era querido de cuantos le conocian, hasta de la tia Pavona, que aunque no dejaba de regañarle, porque el regaño le era anejo, como al suave arroyuelo su murmurio, se

miraba en el niño como en un espejo. Cuando Beatriz, gozándose en su obra, le recordaba lo mal que había recibido al pobre niño, la tia Pavona, por no dar su brazo á torcer, contestaba á su ama, que tambien era medio parienta suya:

—¡Si, si, cria hijos, cria hijos para el rey! ¡Si, si! Si hay una guerra con el frances, ya verás. Se te han de secar los ojos de llorar. ¡Hijos!... ¡Hijos no son mas que pesadumbres!

La viuda, aunque habia llegado á los cuarenta y cuatro años, se mantenia fresca, suave y serena.

El alcalde habia aún ensanchado un poco las pretinas de sus calzones; pero por más que habia hecho, no habia podido estrechar los lazos que le unian á su parcera, que no queria más parcería que la del rancho.

La pergaminosa tia Pavona no estaba ni más vieja, ni más flaca, ni más fea; porque desde que tuve la honra de presentárosla, no cabia en estas tres antigracias el más. Tampoco cabia el más en su amistad con Florin. Seguia ésta en su apogeo, dando un mentis á los pesimistas, que niegan la constancia en la amistad, y un triunfo á los optimistas, que la creen austera y pura, por íntima que sea.

Las fechas en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo son bastante atrasadas para que aún se celebrasen las fiestas religiosas y populares representando á lo vivo los hechos que solemnizan. No existian por entónces gacetilleros melifluos, de tan delicados órganos auditivos, que las zambombas y panderetas les causasen jaquecas, ni sábanas santas impresas y ambulantes que llevasen por todo el reino tan interesante noticia.

Entónces las zambombas y panderetas, que hoy dia atacan los nervios de los gacetilleros, causaban á todos un sentimiento de placer y alegría; entónces éramos todos españoles, práctica y teóricamente; lo éramos de alma y de corazon, de costumbres, gustos y lenguaje; éramos hermanos, y no enemigos; no teníamos mas que una bandera, una fe y una ley. Es cierto que no habia dandys, coquetas, ni la profusion y riqueza de palabras francesas, con las que los periódicos de la capital ostentan su valor y adelantos en lo fashionable; pero enseñábamos entónces al mundo á vencer al coloso ante quien Europa doblaba la cerviz, y cada español sabía ser un héroe para defender la Independencia, el Altar y el Trono. Aprendiz ilustrado hay que está persuadido que desde entónces acá hay trescientos años, y que mira al noble vencedor de Bailén como un anacronismo.

El dia en que volvemos à anudar nuestra relacion era el de Reyes. Afanábase Beatriz aquella mañana con algunas vecinas en vestir de ángel á Manolito.

Sobre un vestido ceñido al cuerpo de punto color de carne, le habian puesto una corta túnica blanca con mangas cortas y anchas bordadas de plata, su-

ieta en los hombros y pecho con broches de piedras. Rodeaba su talle un cinturon de plata; ceñia su cabeza una corona de rosas; en los piés llevaba unas sandalias con cordones de plata, y en la espalda tenia colocadas alas de brillantes plumas. Cuando estuvo vestido, lo llevó su madre á la iglesia. Allí se habia puesto el misterio al pié del altar. La Vírgen y San José eran dos hermosas efigies, y entre ambos estaba el recien nacido echado sobre paja. A cada lado se colocaba un niño vestido de ángel, de rodillas, con sus manitas cruzadas en señal de adoracion. Como para esto se elegian entre los más bonitos y acomodados que habia en el pueblo, uno de ellos habia sido Manolito el de Beatriz, que reunia estas circunstancias. ¡Difícil hubiese sido el ver un cuadro vivo más lindo que el que formaban esos dos niños en adoracion ante el Dios de los ángeles! No habia ni un corazon frio, ni ojos secos en aquella santa fiesta. Entraron entónces gravemente muchos hombres vestidos de pastores, travendo sus ofrendas al recien nacido, bailando luégo al pié del altar con movimientos lentos y graves; baile que causaba la extraña y ferviente sensacion de devocion que causa la bellísima danza de los Seises en la catedral de Sevilla, con su origen tan antiguo, su estabilidad tan respetable, su santa poesía y magnifica sencillez. Toda innovacion se estrella contra aquel santo templo, como las olas del mar sobre una roca; el tiempo desgasta sobre ella su diente roedor; la impiedad se replega, baja su altiva cabeza y busca otro campo en que lidiar. ¡Salve, santo templo católico! Consérvete siempre España como su más preciosa joya, como su más santo tabernáculo, como el más grandioso panteon del más santo de sus reyes.

Siguieron á los pastores los más pudientes del pueblo, vestidos de reyes magos y montados sobre bien enjaezados caballos, y seguidos de su séquito. Precedíales una luciente estrella. Llegado que hubieron á la iglesia, se apearon. El primero que entró, representando un majestuoso anciano con barba y cabello blancos, se arrodilló ante el recien nacido, y ofreciéndoselo, le dijo:

-Os traigo incienso como á Dios.

El segundo, que representaba al rey Gaspar, se arrodilló igualmente, y al deponer su ofrenda, dijo:

-Os traigo mirra como á sacerdote.

Por último, el rey negro Melchor ofreció oro, diciendo:

-Os traigo oro como á rey.

Quien durante esta tierna ceremonia hubiese podido distraer su atencion del devoto cuadro que hemos descrito, y la hubiese parado en un forastero que se hallaba cerca de una columna, habria notado que aquel hombre fijaba sin cesar á Manolito, ó por mejor decir, á aquel ángel bello que estaba al lado del pesebre tan inmóvil, tan penetrado de la adoración que le inspiraba el misterio, tan embebido en su comtemplacion, que no parecia sino que era real-

mente lo que allí se representaba. Este hombre tenia muy buena presencia, y manifestaba como unos cincuenta años. Vestia, aunque con mal gusto, bien y aseadamente, y tenia en la recta línea de su espalda y en lo erguido de su cabeza algo que indicaba al militar.

Cuando la funcion hubo terminado, se preguntaban unos á otros en los grupos que se formaron en los porches de la iglesia quién era aquel forastero.

Sólo podia contestar á esta pregunta el mesonero, el que lo hizo con la prosopopeya y el aire importante como lo haria el dueño de Mivart's-hotel en
Lóndres al decir que tal ó cuál rey ó primadonna,
emperador ó barítono, Nabad ó desterrado político,
honraba su establecimiento. Súpose que el forastero
era un teniente capitan retirado que pensaba descansar sobre sus laureles, aunque todavía, por lo
visto, no habia decidido dónde asentar sus reales, y
fijar sus cuarteles de invierno.

Un teniente capitan mal vestido y de cincuenta años en un ejército, ó en una capital, no llama mayormente la atencion; pero no así en un pueblo del tenor de aquel en que hizò su entrada triunfal el susodicho veterano, en pos de los reyes, en contraposicion de la estrella, que iba delante; alli un teniente capitan llama extraordinariamente la atencion, es un personaje muy visible, y si me apurais, diré que es una notabilidad.

El militar observaba, haciendo algunas preguntas á los paisanos que se hallaban á su lado, á un grupo de mujeres, entre las cuales estaban Beatriz y la tia Pavona, que se esforzaban de sustraer á Manolito á los cariños de las mujeres, y envolverlo en una abrigada manta.

—¡El demonio del militronche ese, que no nos quita ojo!—dijo una muchacha.

La pobre tia Pavona, que conservaba cierto cariño á la tropa por haber pertenecido á ella sus hijos, volvió la cabeza, miró con sus disparatados ojos al forastero, y dijo:

- -Pues es un real mozo.
- -Un real viejo, -replicó la muchacha.
- —¡Calla, pizpireta, que los meletares no llegan á viejos en su vida de Dios!
- -¿Y cómo sabe usted que es melatar, si no trae casaca? ¿Le ha echado á usted algun requiebro?
- -No me ha dicho ni buenos ojos tienes, cuellisacada.
- —¡Ya! Al ménos que los suyos no estuvieran hueros.
 - -Se lo conozco en lo guirocho, ¿estás?
- —Tia Pavona, si la oye á usted Florin se va á amoscar.
 - -¡Ay! ¡Que nos viene siguiendo!-dijo otra.
- —¡Ya! Como ha notado que á la tia Pavona le ha entrado por el ojo derecho, que es el que tiene como Dios manda...

-Eso lo llaman los que sirven al rey hacer la reteguardia.

—Tia Pavona, la decencia manda que le diga usted que toque la retirada estando por medio Florin.

—¿Quereis callaros, cotorras descaradas?—exclamó sofocada la tia Pavona.—¡Sobre que las mozuelas hoy dia no gastan ni respeto ni recato! ¡Alegrarme habia de que el meletar os plantase una fresca que os sacase los colores á la cara, hato de cascabeleras, cabezas de chorlitos sin meolio ni sentido!

—Vaya, déjelas usted, tia Pavona,—dijo la buena Beatriz;—los pocos años, señora, los pocos años; alegría y no más que alegría.

Habian llegado á su calle: las muchachas se fueron á sus casas, y Beatriz entró en la suya con el niño y la tia Pavona; pero ¡cuál no sería la sorpresa de la recatada viuda, cuando vió que en seguimiento suyo se entró marcialmente el militar como Pedro por su casa!

Beatriz, que habia quitado la manta que envolvia al niño, para desnudarlo, se paró y preguntó al atrevido:

-¿Qué se os ofrece, caballero?

—Señora,—respondió éste,—tan sólo, y con licencia de usted, una pregunta, y me retiro; porque yo no estoy demas en ninguna parte.

-¿Y cuál es esa pregunta, señor?

-¿Ese niño es vuestro?

No es posible expresar el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz al oir aquella inesperada pregunta.

—¿Y con qué derecho, con qué motivo y con qué objeto me haceis tan extraña pregunta?—dijo al fin, haciéndose dueña de su conmocion.

—Si me asegurais que es vuestro, toco en retirada, y excusado sería contestar á las preguntas que me haceis; si no fuese el niño hijo vuestro, os las contestaré una por una.

-Es que yo no tengo que dar cuenta á nadie de si ese niño es mi hijo ó no... y no responderé.

-¡Hola! ¿Con que es un misterio como el Santo?

—No, no es misterio; el niño es mio y muy mio; va estais contestado.

-¿Y cuál es su padre, puesto que he averiguado que hay doce años que sois viuda?

La pobre Beatriz, viéndose cogida, se quedó tan cortada, que la sangre subió á sus mejillas y las lágrimas á sus ojos.

—Señora, —prosiguió el militar con voz conmovida, —ese niño lleva un sobrescrito en su cara con el nombre de su madre, y su madre era mi mujer.

—Ni fué madre, ni fué mujer la que abandonó á un hijo suyo,—exclamó exaltada Beatriz;—y si lo fué, con ese mero hecho dejó de serlo.

-Pero yo soy su padre, y no le abandoné yo, no.

-¿Y qué pruebas dais para justificar lo que decis? ¡Pues qué! ¿No hay mas que venir á arrancar á

un hijo de los brazos de la madre que la Providencia le deparó, cuando la suya dejó de serlo renunciando así á todos sus derechos y abandonando sus títulos?

—Las pruebas yo os las daré, señora,—contestó el militar sentándose, porque estaba tan conmovido que se sentia vacilar sobre sus piés.

Entónces hizo con grandes pormenores la relacion que en breves palabras trascribimos á continuacion:

Era sargento, cuando fué destinado su regimiento á la expedicion de Ultramar, confiada al mando del bizarro general Morillo. Fuéle, pues, forzoso enviar á su mujer, que era jóven y linda, y á un hijo de dos años, que de ella hubo, al pueblo en que ésta tenia su familia, en la Mancha. En América se portó nuestro sargento bien; tuvo suerte, ascendió, é hizo algun dinero. A su vuelta á España, se apresuró á ir á reunirse con su mujer; pero en su pueblo supo que nunca habia llegado á él, que habia seguido á otro soldado por algun tiempo, y que viéndose abandonada por éste, avergonzada y sin atreverse á poner delante de sus honrados padres, se habia echado à la vida airada, y que se creia estuviese en Sevilla. El ultrajado marido, el angustiado padre, voló á aquella capital, y despues de minuciosas pesquisas. halló por fin á su mujer espirando, ética y llena de lacras en un hospital; pudo aún, ántes que muriese, perdonarla para que no acabase desesperada, y saber lo que habia sido de su hijo. La inicua, cediendo á las sugestiones de su amante, al pasar por aquel pueblo, habia depositado á su hijo en una casa, en la que con devocion, paz y alegría de corazon se celebraba la Noche-Buena, y donde pensó que hallaria amparo en la caridad de tan buenas almas. El niño llevaba puesto un saquito de color de castaña y un gorrito de punto de lana encarnado.

—Despues de hacerle un buen entierro, pues al fin aquella desdichada era mi mujer,—concluyó el militar,—me puse temprano esta mañana en camino para venir aquí, donde llegué poco ántes de la funcion. Cuando en la iglesia entré, lo primero que vi fué á ese ángel al lado del misterio, y ese niño era el vivo retrato de mi mujer. No parecia sino que allí estuviese con sus manos cruzadas rogando á Dios por su madre. Ahora bien, señora: ¿reconoceis el derecho, el motivo y el objeto de mi pregunta?

Por toda respuesta, Beatriz estrechaba al niño entre sus brazos, deshecha en lágrimas; el niño, que veia la afliccion de su madre, la abrazaba llorando, formando así aquel grupo el cuadro alegórico más propio de un ángel, compadeciendo y consolando al dolor.

—¡Pues qué!—dijo al fin Beatriz sollozando.— ¿Seis años de cariño, de esmeros, de cuidados y de desvelos no son nada? ¿Y acaso no da derecho á un bien que me dieron sin pedirlo y me quieren arrancar contra mi voluntad? ¿No clama esto al cielo? —Bien conozco—repuso el militar—los sacrificios que ese hijo mio os habrá costado: los unos no los puedo pagar sino con agradecerlos; los otros... dinero traigo, señora: justo es, y más que justo, os los resarza.

—¿Con dinero me quereis pagar?—exclamó indignada la viuda.—¿A mí, que testado he de cuanto tengo en favor de mi hijo adoptivo? Así es que no me lo podeis arrancar sin causarle un grave perjuicio. ¿Dónde ha de estar el niño como á mi lado?

—Al lado de su padre, señora, que á la fuerza lo ha de querer más. Ven, hijo mio de toda mi alma, que yo soy tu padre.

El militar quiso coger al niño en sus brazos; pero éste, asustado, se asió con fuerza al cuello de su madre.

—Ya lo veis,—exclamó ésta,—ya lo veis que no quiere dejarme.

-Será preciso, -repuso el militar exasperado.

-Pues procuradlo por justicia y pleitearémos, porque sólo à la fuerza me lo arrancareis.

-¿Y qué tribunal no otorga su hijo á un padre que lo reclama?

—El de la conciencia, el de la justicia, señor, que no deben reconocer el derecho que tiene á una cosa aquel que la abandonó y arrojó de sí.

-¡No fuí yo, por vida mia!

-El niño estaba á mi puerta arrecido, gimiendo y abandonado.

Miéntras esta acalorada y affictiva contienda tenia lugar, habia llegado Florin, que en el patio, absorto, la escuchaba con su amiga la tia Pavona.

-Aquí de Salomon, -dijo ésta al alguacil.

—Tia Pavona, — contestó éste, — siempre sucede así; en aquello que tiene uno puesto los ojos, viene el diablo y se lo lleva; lo propio me sucedió cuando se murió mi mujer.

-¡Toma! Y á mí con mis hijos.

Entre tanto, el militar habia dado unas vueltas por el cuarto. El alejamiento que le habia demostrado su hijo habia hecho correr por aquellas atezadas mejillas dos lágrimas, quizás las dos únicas que en su vida hubiese vertido. De repente se paró delante de la viuda.

—Señora, —dijo volviendo á su tono marcial, ni vos quereis soltar al muchacho, ni yo me he de avenir á quedarme sin mi hijo. Pues, señora, vamos á parcería, y que sea de los dos; si quiere usted al niño por hijo, tome usted al padre por marido.

Al oir hablar de marido, la viuda hizo un gesto y una exclamación de repulsa.

-; Jesus! ¡Jesus! ¡Casarme! ¡No lo permita Dios!

-Pues venga el niño.

—Dejádmele por María Santísima, y vivid la casa de junto.

—¡Pues no! ¡Tendria que ver! ¡De visita vendria yo á ver á mi hijo! ¡De planton á la puerta hasta que me la abriesen! Nada de eso: ó entro yo, ó sale él.

BL DIA DE REYES.

-Pues véngase usted á vivir acá, sin que sea preciso por eso casarnos.

—¿Alojado? No, señora, no quiero patrona, que quiero mujer; y si usted no quiere ser la mia, busco otra, y madrastra tendrá el niño.

—¡María Santísima! ¡Ni que usted lo piense, mal padre! ¡Hijo de mi alma y de mi corazon!

—Pues sea usted su madre con mil de á caballo, ó maldito lo que creo en ese cariño. No le haga usted tan feo á un marido, señora, que las casadas se van á la gloria por el mismo camino y con la misma mortaja negra que las viudas; porque en cuanto á la

palma, volaverunt.

—Jesus, señor, que me está usted poniendo entre la espada y la pared.

—¡Cabales! Así, escoged; en la inteligencia que esta espada está bien templada; que nunca ni se sacó sin razon, ni se guardó sin honor (1).

—Pero caso que me echase las bendiciones, como tanto me cuesta el dejar el estado honesto, me parece...

—Nada de simulacros, señora,—interrumpió el militar.—Usted se casa para ser mi mujer, y colgar á un clavo su luto de viuda, ó yo me llevo á mi hijo, y hasta del lugar me lo habia de llevar, si no fuese éste mi pueblo.

-¡Pues qué! ¿Sois de aquí?

—Sí, señora, aunque falto de mi casa desde treinta y dos años; y despues de hallar á mi hijo, voy en busca de mi madre, que lo que es mi padre, ya sé que murió; en gloria esté.

-Pues... ¿cómo se llama usted?

-Andres Pavon, para lo que usted guste mandar.

-¿Hijo de mi tio el carpintero de basto, tio Mateo Pavon?

-El mismo en propia persona.

-¡Tia Pavona! ¡tia Pavona!-gritó Beatriz.-¡Acuda usted, que aquí tiene usted á su hijo!

La tia Pavona entró, y Beatriz repitió la frase.

—¡Anda á paseo! — dijo la tia Pavona. —¡Qué habia de ser mi hijo, si entrambos me los mató el frances! ¡Maldito sea!

—¡Señora,—dijo el militar, dirigiéndose á su madre,—yo soy Andres, yo soy Andres!

—Oiga, melitar,—repuso con muy mal gesto la tia Pavona,—diviértase su mercé con el rabo de un gato, y no con una mujer respetuosa. Sobre que todo lo quiere su merced ser: padre del niño, marido de Beatriz, y por último, hijo mio. ¡Vaya con el guason!

—¡Pues... dígole á usted que estamos bien! exclamó con impaciencia el militar.—Ni mi hijo me quiere reconocer por padre, ni mi madre por hijo. Señora, usted se llama Andrea; mi padre (E. P. D.), Mateo; mi hermano, José, y yo, Andres. Usted siempre fué más cascarrabietas que un sordo, y mi pa-

⁽¹⁾ Lema de las antiguas espadas hechas en Toledo.

dre, que era su merced chilindrinero, le habia sacado una cantinela que le cantaba con su sonsonete, dando con el martillo en el banco:

> Andrea... Mala ralea, Muda fe vea!

Al oir estas últimas señas mortales, la tia Pavona, convencida, se echó al cuello de su hijo hecha un mar de lágrimas.

—¡Hijo mio! ¿Pues no te mató el frances?—repetia entre sollozos.

—Señora, ¿quiere usted que le enseñe la fe de vida? Ahí la traigo, que la necesito para cobrar la paga.

-Pero... ¿cómo escapaste del frances, hijo de

mis entrañas?

—Matando al que me queria matar á mí, sin andarme con aquí las puse. Ea, pues, todo está bien y á la trinca; todo me lo hallo en casa, madre, hijo y mujer, porque ha de saber usted, madre, que me caso con Beatriz, y cate usted,—añadió señalando al niño,—el padre cura que nos casa. Bien ve usted que en esta casa hacía falta un hijo, un padre y un marido. Todo lo traigo en una pieza, como quien dijera, el fusil, la baqueta y la bayoneta. Y sepan ustedes que el que aquí se presenta tiene bien ganadas y bien adquiridas una charretera, una cruz y cien mil reales.

La tia Pavona se puso á persignarse con ambas manos y á bizquear de los dos ojos.

-¿Con que ese niño es hijo tuyo?-preguntóle al suyo.

—Y de usted nieto en línea recta y legítima, como yo su hijo,—respondió el militar, abrazando con entusiasmo al niño, que con su vestido de angel aparecia ahora como el de la paz entre los dos contrincantes.

—¿Qué tal, mae Pavona,—dijo Beatriz,—si no hubiese yo recogido al niño aquella noche?

-¡Ay! - contestó la feliz vieja. -¡Qué bien te dijeron en aquella ocasion, que quien bien hace, para sí hace!

Ni un terremoto hubiese conmovido más á aquel pacífico pueblo, que la cuádruple alianza de noticias que como un pájaro de ligeras plumas salió á volar por el lugar.

Primera. Habia llegado un teniente capitan.

Segunda. Era éste el padre del niño de la tia Beatriz.

Tercera. Era igualmente el hijo de la tia Pavona.

Cuarta. Y era ademas marido para la viuda incasable.

La barriga del alcalde tuvo un movimiento de oscilacion muy marcado. Intentó protestar contra esta toma por asalto de una plaza que él tenia pacíficamente sitiada desde doce años; pero se cóntuvo,

pensando que no era ni prudente ni patriótico poner en lucha abierta las pretensiones y derechos civiles con los militares.

Se hizo una boda que fué sonada. En la cena hubo bríndis, cantos é improvisaciones.

El barbero compuso un trovo ó romance, en que decia que si el Niño Dios le deparó un niño desnudito, y pobre como él, á la viuda los Reyes, por premiarle la buena obra de haberlo recogido, le depararon un marido que traia una gran parte de la plata del Perú, y un corazon abrasado en llamas como una barrica de alquitran en la noche de San Juan.

Aquella noche la tia Pavona hizo unos pestiños, obra maestra en su género, pero que se le sentaron en la boca del estómago á Florin, que en aquella sola y única ocasion abusó de la condescendencia de la amistad.

El vino puso al teniente capitan muy alegre y al alcalde muy sentimental.

Cuando le tocó su vez de cantar, rebosó su melancolía en esta copla:

> Confórmate, corazon, A padecer y penar, Pues quisiste á un imposible...

El militar acabó la copla con una voz como una corneta, con estas palabras:

Que se llevó un militar.

Añadiendo en seguida esta otra:

¡Qué lástima de carita Que fuese para un paisano, Pudiéndosela llevar Un soldado veterano!

—¿Qué demonio de hechizo tiene la gente de tropa,—decia con un suspiro que hizo vacilar la llama del velon el alcalde á la recien casada viuda,—que no hacen mas que llegar y pegar?...

Andres Pavon, que le oyó, contestó muy pronto con esta copla:

Es táctica, y no es hechizo, Es el saber atacar, Y aunque manden retirada... No hacer caso, y avanzar.

La tia Pavona fué tanto lo que gozó aquella noche en ver unidas á las dos personas que más queria, que se rejuveneció como el Fénix, vivió veinte años más, y murió há poco de noventa y cuatro años, dejando á Florin veinte duros.